

Lo monstruoso de Hans

carlos arévalo plá



Fragmento de El jardín de las delicias, el Bosco (1515)

A excepción de Groddek, los psicoanalistas no han jamás tenido en cuenta, ni sobretodo afirmar esta sexualidad [la infantil] en su verdadero polimorfismo.¹

Hablar de las sexualidades siempre es un tema que genera conmoción, es difícil, solo nos aproximamos balbuceando, a tropezones, a tientas. Más específicamente la referencia a las sexualidades en la infancia nos toca, no deja de sorprendernos su polimorfismo, su experimentación. Cuando en los niños se observan expresiones vinculadas al placer sexual o la curiosidad erótica, el mundo adulto intenta, con sus claves de lectura, dominar esa experiencia que siempre se nos escapa. Se ponen en juego todas sus máquinas de

¹ René Schérer, *Enfantines*, anthropos, Paris, 2002, p. 19.

captura. Las miradas y la cultura que las construyen normalizadoras están a la orden del día.

El título del trabajo de Alberto Carvajal, *El performance de las sexualidades*, me disparó algunas ocurrencias rizomáticas. El hecho de que haya una palabra venida de otra lengua (performance), creo que pone en acto algo de la complejidad de lo que no se dice del todo. Siempre algo escapa y se pierde en el intento de captura por la lengua. Es una dimensión en la que la lengua expone su agujero. Es más, se podría decir que hay una no-relación entre sexualidad y lengua.² Es una relación entre dos tipos de prácticas que son heterogéneas, no se produce una amalgama jamás de una con la otra. Por un lado, las prácticas sexuales y, por el otro, el decir de esas prácticas.

Un punto no menor en ese decir de las prácticas es: ¿cómo se construye el punto de vista de ese decir?

El llamado caso del pequeño Hans, presenta todas las dificultades de la construcción de un caso que, como bien nos dice Foucault en *Las palabras y las cosas*, no escapa de ser construido en un *a priori*.

Este *a priori* no está constituido por un grupo de problemas constantes que los fenómenos concretos plantean sin cesar como otros tantos enigmas para la curiosidad de los hombres; tampoco está formado por un cierto estado de los conocimientos, sedimentado en el curso de las edades precedentes y que sirve de suelo a los progresos más o menos desiguales o rápidos de la racionalidad; tampoco está determinado, sin duda alguna, por lo que llamamos la mentalidad o los "marcos del pensamiento" de una época dada, si con ello debe entenderse el perfil histórico de los intereses especulativos, de las credulidades o de las grandes opciones teóricas. Este *a priori* es lo que, en una época dada, recorta un campo posible del saber dentro de la experiencia, define el modo de ser de los objetos que aparecen en él, otorga poder teórico a la mirada cotidiana y define las condiciones en las que puede sustentarse un discurso, reconocido como verdadero, sobre las cosas.³

Anotaciones

Es necesario no olvidar que el siglo XVIII fue el siglo en el que se inventó la infancia.

Existen tres libros que suman aportes para el pensamiento sobre este campo problemático: *Enfantines* de René Schérer, el curso *Los anormales* de Michel Foucault y *La policía de las familias* de Jacques Donzelot. Dibujan un campo problemático como la infancia y,

² No-relación, como la trabaja Blanchot, Foucault y Deleuze. Recomiendo el artículo en *Divanes nómades* N° 5, de Marcelo Real, *De la verdad por fin cuestionada*.

³ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1979, p. 158.

por lo tanto, articulan distintos elementos: la familia, la escuela, la medicina, la psicología y el psicoanálisis, entre otros.

Foucault en las clases del 5 de marzo y del 12 de marzo de 1975, en su curso *Los anormales*⁴, se dedica a ubicar el problema de la masturbación, planteando varios elementos. Nos recuerda que antes de la existencia de una psicología sexual, se concebía la sexualidad “*en un clima de filosofía de la naturaleza*”⁵, donde no intervenía ni la sexualidad adulta ni la infantil. Es más, la masturbación se la comprendía despojada de su contexto sexual. Es recién a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX que comienza a circular gran cantidad de literatura sobre el tema (manuales, historias, cuentos, etc.).

Foucault dice:

Si bien es cierto que la campaña antimasturbatoria del siglo XVIII se inscribe en un proceso de represión del cuerpo de placer y de exaltación del cuerpo rendidor o el cuerpo productivo, de todas formas, hay dos cosas que no se explican con claridad. La primera es esta: ¿por qué se trata precisamente de la masturbación y no, en definitiva, de la actividad sexual en general? Si lo que se hubiera querido inhibir o reprimir hubiese sido verdaderamente el cuerpo de placer, ¿por qué destacar y subrayar de tal modo únicamente la masturbación, y no poner en entredicho la sexualidad en su forma más general? Ahora bien, simplemente es a partir de la década de 1850 cuando la sexualidad, en su forma general, va a ser interrogada médica y disciplinariamente.⁶

Esta es una cruzada que recae sobre los niños burgueses. La masturbación, al ser capturada por el discurso médico, se convierte en la causa de muchas enfermedades, al punto de que cada acto masturbatorio, cada paja, pone en riesgo la integridad entera del niño y su futuro.

Se asiste a una interpretación entre el descubrimiento del autoerotismo y la atribución de responsabilidad patológica: una autopatologización. En síntesis, se asigna responsabilidad patológica a la infancia, cosa que el siglo XIX no olvidará.⁷

⁴ M. Foucault, *Los anormales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2016.

⁵ *Íbid.*, p. 218. Hoy en día la posición de naturaleza en la dimensión sexual, es sostenida por muy pocos discursos en contraposición de los discursos que entienden lo sexual como una dimensión política.

⁶ *Íbid.*, p. 221.

⁷ *Íbid.*, p. 227.

La importancia en ese momento de la pedagogía bajo forma de protección de la infancia será descrita tanto por Schérer, al hablar de “*la utopía pedagógica*”, como por Donzelot cuando se pregunta:

¿Y la infancia? En el primer caso [familia burguesa], la solicitud de la que es objeto adquiere la forma de una *liberación protegida*, de un alejamiento de los recelos y de las obligaciones comunes. En torno al niño, la familia burguesa traza un cordón sanitario que delimita su campo de desarrollo: dentro de ese perímetro, el desarrollo de su cuerpo y el de su espíritu serán estimulados poniendo a su servicio todos los aportes de la psico-pedagogía, y controlados por una discreta vigilancia. En el segundo caso [familia obrera], sería más justo definir el modelo pedagógico como el de la *libertad vigilada*. Aquí lo problemático no es tanto el peso de las antiguas obligaciones como el exceso de libertad, el abandono a la calle, y las técnicas empleadas consisten en limitar esta libertad, en hacer retroceder al niño hacia los espacios de mayor vigilancia, la escuela y la vivienda familiar.⁸

Para proteger a los niños, sus cuerpos serán vigilados por sus padres, quienes se encargarán de esta vigilancia. Se trata de reducir al mínimo el círculo familiar, a fin de no exponer a los niños a extraños que se han vuelto peligrosos. Foucault dará cuenta de la operación en juego en este giro:

En otras palabras, no sentiría la tentación de decir que la sexualidad perseguida prohibida del niño es, en cierto modo, la consecuencia de la formación de la familia restringida, digamos conyugal o parental, del siglo XIX. Diré que, al contrario, es uno de sus elementos constituyentes. Al destacar la sexualidad del niño como peligro sexual, se dio a los padres la consigna imperativa de reducir el gran espacio polimorfo y peligroso de la casa y no formar ya con sus hijos, con su progenitura, otra cosa que una especie de cuerpo único, unido por la preocupación de la sexualidad infantil, por la preocupación del autoerotismo infantil y la masturbación: ¡padres, vigilad a vuestras hijas excitadas y las erecciones de vuestros hijos, y así os convertiréis verdadera y plenamente en padres!⁹

El llamado historial del pequeño Hans está plagado de situaciones que muestran el atravesamiento del discurso social de la época. El hecho de “tocarse el hace-pipí” se vuelve un tema recurrente, y de este modo se puede ver el pasaje del registro de la inmoralidad al de la enfermedad médica. Citaré dos ejemplos del caso.

Ese mismo día, la mamá le pregunta: «¿Te pasas la mano por el hace-pipí?». Y sobre eso, él dice: «Sí, cada anochecer, cuando estoy en la cama». Al día siguiente, 9 de enero, le previenen, antes de la siesta, que no se pase la mano por el hace-pipí. Preguntado al despertar, dice que se la pasó durante un ratito.¹⁰

⁸ Jacques Donzelot, *La policía de las familias*, Pre-Texto, Valencia, 1998, pp. 47-48.

⁹ *Ibid.*, p. 234.

¹⁰ Sigmund Freud, Análisis de la fobia de un niño de cinco años, *Obras completas*, vol., X, Amorrortu, Bs. As., 1992, p. 23.

.....

Hans, 4 1/4 años. Hoy a la mañana, como todos los días,
Hans es bañado por su mamá y, tras el baño, secado y entalcado.
Cuando la mamá le entalca el pene, y por cierto con cuidado para
no tocarlo, Hans dice: «¿Por qué no pasas el dedo ahí?».
Mamá: «Porque es una porquería».
Hans: «¿Qué es? ¿Una porquería? ¿Y por qué?».
Mamá: «Porque es indecente».
Hans (riendo): «¡Pero gusta!».¹¹

Freud nos aclara que quien llevó adelante el tratamiento fue el padre del niño, y que gracias a esto se accedió a confidencias “*que ninguna otra persona hubiera logrado*”. Dice Foucault, es un momento donde se les pide a los padres que sean diagnosticadores, terapeutas, agentes de salud, situación que asumieron como dice Foucault: *¡y con mucho gusto!* Se trata del momento en que cristaliza la familia medicalizada, normalizadora que se sostendrá desde inicios del siglo XX. Esta tarea siempre estará supervisada por la mirada de un médico, en este caso Freud.

Si se vincula la problemática de la sexualidad con la intensidad del control y vigilancia de los padres sobre sus hijos, podemos entender junto con Foucault cómo a fines del siglo XIX, el tema del incesto adquiere tanta relevancia. Si bien presenta una dificultad: por un lado, se les pide a los padres que vigilen a sus hijos, y por otro se les dice que ese deseo del niño va dirigido a ellos. Más allá de esta complejidad, llama la atención a su vez, la facilidad con que fue aceptado.

Se producen dos operaciones simultáneas: una, insertar el deseo incestuoso en la familia, (en ese aspecto son Deleuze y Guattari en *El Antiedipo* quienes trabajan este punto, haciendo una de las críticas más importantes dirigidas al psicoanálisis), y, otra, el movimiento de sacar al niño, por temor al incesto, hacia otros dispositivos de vigilancia.

¹¹ Ibid., p. 18.

Leer con los feminismos

Los comentarios de Freud en el llamado caso del pequeño Hans, son sorprendentes por los giros que produce en su posición. Debemos recordar que en 1905 Freud publica los *Tres ensayos para una teoría sexual*, donde le dedica el apartado dos a lo que llama *La sexualidad infantil*. Es allí donde habla de la disposición perversa polimorfa del niño y de su pulsión de saber o de investigación. En 1909, hace comentarios que por momentos nos hacen pensar en algo del orden de lo caricaturesco. Por ejemplo, en el momento que Hans se encuentra con su primo, dice Freud:

Un primo de Hans, de 5 años, está de visita cuando él tiene 4. Hans lo abraza continuamente y, a raíz de uno de esos abrazos tiernos, dice: «Te quiero mucho». Es éste el primer rasgo de homosexualidad con que tropezaremos en Hans, pero no el último. ¡Nuestro pequeño Hans parece un dechado de todas las perversidades!¹²

Cada gesto es definitorio. Pero no debemos olvidar que en este momento Freud, como bien lo explicita, está tratando de encontrar en la vida infantil la confirmación de sus hipótesis sobre la conformación de los síntomas neuróticos de la vida adulta, de ahí el valor singular de esta observación. Esto da el tono asertivo en lo que va encontrando.

Tal vez hacer una lectura anacrónica de los textos de Freud con las producciones feministas actuales nos permita ver las advertencias que nos hacen, y ponerlas a trabajar. No en el afán de reprocharle cosas que no eran posibles de pensar para esa época, pero sí para ver los efectos discursivos en los que se fue encerrando la sexualidad, y qué efectos producen esas lecturas en la clínica. Esta no es una lectura sin consecuencias.

Para ver cuáles eran los feminismos de su época, en qué tipo de luchas se encontraban, y cómo atravesaban los textos de Freud, recomiendo el artículo de Gonzalo Percovich que acaba de salir en la revista *Opacidades*, “De mujeres y feminismos en los tiempos de Freud”. Allí encontramos un panorama del tipo de discusiones que se sostenían en la época, discusiones que no por ser de ese momento pierden actualidad.

¹² Ibid., p. 15.

Es interesante cómo el carácter polimorfo de la sexualidad infantil es homologado al comportamiento de ciertas mujeres. Escribe Percovich:

Uno de los momentos culminantes de dicho desarrollo está en la afirmación freudiana de la disposición perversa polimorfa del niño. Freud está advertido de los posibles efectos de la seducción de los mayores en la vida de los párvulos, pero al mismo tiempo destacará que existe una disposición perversa de múltiples formas y que el niño aún no ha constituido en su personalidad los diques propios de la cultura: la vergüenza, el asco y la moral y seguidamente escribe: “En esto el niño no se comporta diversamente de la mujer ordinaria, no cultivada, (unkultivierte Durchschnittsweib) en quien se conserva idéntica disposición perversa polimorfa [...] Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta (die Dirne) en su oficio y en el inmenso número de las mujeres prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla...”. Es el propio Freud el que hace el pasaje entre el niño(a) a la mujer ordinaria. Una vez más Freud asigna a ciertas mujeres esa disposición de perversión múltiple, probablemente “mujeres débiles”, en las cuales la sublimación no se efectúa y son prostitutas tanto potenciales como efectivas. Visión masculina, si las hay. Entonces, de ese modo, para Wittels la gran hetaira adviene entonces la mujer niña (das Kindweib). Así, el texto de Wittels traslada e inventa esta singular figura.¹³

Al decir de Gayle Rubin:

Las consecuencias de este gran paroxismo moral del siglo XIX perviven todavía. Han dejado una profunda huella en las actitudes sobre el sexo, en la práctica médica, en la educación infantil, en las preocupaciones de los padres, en la conducta de la policía y en las leyes sobre el sexo.¹⁴

La idea de que el sexo es perjudicial para los niños y los jóvenes quedó marcada en el imaginario social y confirmado en las leyes, lo cual produce que exista un desconocimiento tanto de los conocimientos como de la diversidad de experiencias a nivel sexual.

Todos los modelos asumen una teoría del dominio del peligro sexual. La frontera parece levantarse entre el orden sexual y el caos, y es una expresión del temor de que si se le permite a algo cruzarla, la barrera levantada contra el sexo peligroso se derrumbará y ocurrirá alguna catástrofe inimaginable.¹⁵

¹³ Gonzalo Percovich, *De mujeres y feminismos en los tiempos de Freud*, p. 47. Disponible en: www.lateraldeopacidades.com

¹⁴ Gayle Rubin, *Reflexiones sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad*, p. 2. Encontrado en internet el 10-4-2021. Disponible en: <https://museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121gaylerubin.pdf>

¹⁵ *Ibid.*, p. 22.

El orden sexual está marcado por la heteronormatividad, la aceptación de la diferencia sexual, o sea, el binarismo sexual, dejando del otro lado de la barrera el sexo peligroso: las múltiples minorías que, más allá de algunos logros de visibilidad, encarnan y sufren las desigualdades, opresiones y discriminaciones que se producen a diario. Aunque también hay cierta idea del sexo peligroso que persiste incluso en gran parte aún entre las disidencias, entre “*las castas sexuales despreciadas*”, diría Rubin: respecto a “*aquellos cuyo erotismo transgrede las fronteras generacionales*”.

El miedo al caos, se dice en cierto sentido, en lo que plantea Paul B. Preciado, quien, en su último libro (que transcribe su intervención en La Escuela de la Causa Freudiana en París), se presenta frente a un público de psicoanalistas como un monstruo: *Yo soy el monstruo que os habla*. Hace allí un planteo importante sobre la diferencia sexual, y las consecuencias que esa producción teórica ha tenido clínicamente.

Hoy se sigue manteniendo un esencialismo binario que tiene consecuencias. A este respecto Gayle Rubin dice:

El esencialismo sexual está profundamente arraigado en el saber popular de las sociedades occidentales, que consideran al sexo como algo eternamente inmutable, asocial y transhistórico. Dominado durante más de un siglo por la medicina, la psiquiatría y la psicología, el estudio académico del sexo ha reproducido el esencialismo.¹⁶

Mientras no se pueda ver este esencialismo de la diferencia sexual como construcción social, invisibiliza que lo sexual es político, y, será difícil encontrar políticas que contemplen la multiplicidad.

Con buen tino, Rubin nos pone sobre una pista: “*Necesitamos una comprensión antropológica similar de las diferentes culturas sexuales*”. Pues, como ella enfatiza: “*Es momento ya de reconocer las dimensiones políticas de la vida erótica*”¹⁷.

En sus *Reflexiones sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad* arriba a la importancia de la distinción entre deseo sexual y género, pues entiende que sostener esa distinción reflejaría sus existencias sociales distintas.

¹⁶ G. Rubin, *Reflexiones ...*, p. 13.

¹⁷ *Ibid.*, p. 58.

Las preguntas sobre la sexualidad abren su dimensión política y, por tanto, posibilitan las preguntas sobre los modos de existencia que conmueven las construcciones teóricas con las que nos hemos movido (modo en el sentido de una potencia de existir).

Pienso que existe un camino a recorrer en el que se pueda desplegar lo intrínseco e incomparable de los modos de existencia, siempre con la pregunta subterránea que los habita: ¿con qué derecho pretende usted existir?

Pocos son aquellos que perciben los modos de existencia y les dan importancia. ¿Será ese un punto a sostener en la clínica?

Tal vez algún día se pueda responder una pregunta que surge muy pertinentemente en el trabajo de Carvajal: ¿será posible hablar de los niños desde otra perspectiva?